Declaración de amor y odio

Lucía Rivadeneyra
lrivadeneyra@terra.com.mx

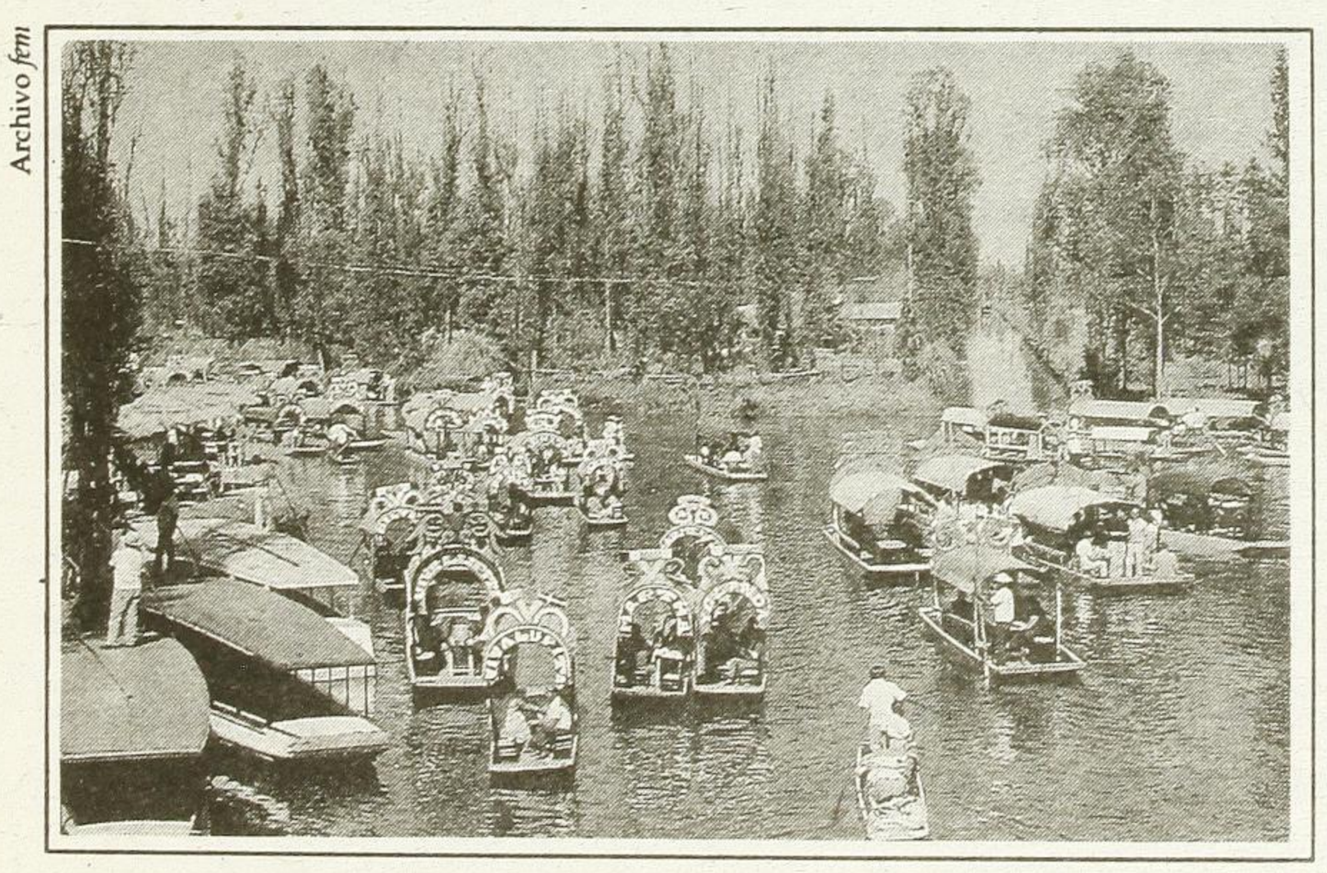
"México es siempre hermosa" afirmó, en 1840, Guillermo Prieto en una de sus crónicas. Habla de México en femenino porque ya desde entonces era la gran ciudad. Hoy en día nos quejamos cotidianamente de ella, que el tránsito, que la inseguridad, que la contaminación; que el exceso de gente en el metro, en los camiones, en los bancos; que la falta de un buen sistema de transporte, que... pero no nos vamos.

Ayer en la mañana abrí los ojos con grúa porque el día anterior había sido terrible y la noche no me alcanzó para descansar. Apagué el despertador y me quedé dormida. Claro que esos veinte minutos me salieron carísimos. De pronto brinqué y casi con taquicardia me incorporé en la cama, para despertar a los niños. Mi marido amaneció con fiebre. En lo que medio desayunaron, me bañé. Salimos literalmente volando a la escuela, la llanta del coche estaba baja. "No es mi día me dije".

Vivir en México es una pasión, por lo tanto, es inexplicable. Es una especie de amor sadomasoquista. La queremos, la padecemos, la vivimos, la extrañamos, le reclamamos, la soñamos, la sufrimos y gozamos día a día y noche a noche, pero a la mañana siguiente nos entregamos a ella, otra vez, sin remilgos.

No había más remedio o tomaba un taxi o los niños no llegaban al colegio y yo faltaba a trabajar. Al fin es media quincena, pensé. Justo cuando cerraban la puerta entraron. Me quedé ahí un par de minutos de pie, para tomar aire. Apenas eran las ocho de la mañana y apenas era martes. Volví al taxi. Pedí me llevara al trabajo. El tránsito a vuelta de rueda.

La ciudad de México debe tener complejo de madre generosísima porque todos los días recibe a sus hijos y a los que no lo son, a los descarriados y a los otros; a los trasnochadores altaneros o no; a los pródigos y a los no tan pródigos; a los amorosos y a los delincuentes; a los poetas y a los cronistas; a niños, niñas, perros, perras, gatos, gatas, ancianos, ancianas, cucarachas, ratas, a hombres y mujeres de niebla y amaranto.


Archivo fem

Llegué media hora tarde, justo en el límite de la tolerancia. Al instalarme en mi escritorio decidí iniciar con los pendientes y luego con lo del día y lo que fueran mandándome. Cuando empecé a organizarlos me di cuenta que no había desayunado. Aunque me choca comer en la oficina no quedó de otra. Conseguí unas donas y un café. En eso el di-

rector me mandó llamar y me sentí rumbo al patíbulo porque tiene un genio terrible, sobre todo desde que no acepté sus propuestas.

A la ciudad la aman con los ojos abiertos los creadores y creadoras. La pintan, la dibujan, la recrean en los cuentos, las novelas, los poemas; le bailan encima con toda la energía; le cantan, le ofrendan música de todo tipo, la filman, la esculpen con sus seres urbanos encima; la construyen y la derrumban cotidianamente.

El jefe me regañó porque según él no le entregué todas las relaciones que me había pedido, ahora sí en el buen sentido de la palabra. Volví a mi escritorio era poco más de las once. En ese momento me hablaron de la escuela de mis hijos, el menor tenía vómito. Pidieron que fuera por él. Hice el pase de salida y fui por el niño. El tránsito igual o peor. Tarde casi una hora. Recogí al niño. Me esperé con él en una fondita, pues el otro salía en menos de media hora.

El poeta Efraín Huerta en su Declaración de odio a la ciudad le dice, entre otras muchas verdades y caricias "Ciudad negra o colérica o mansa o cruel, / o fastidiosa hada más: sencillamente tibia. / Pero valiente y vigorosa porque en sus calles viven los días rojos / y azules / de cuando el pueblo se organiza en columnas.../ ¡Los días de la ciudad! Los días pesadísimos / como una cabeza cercenada con los ojos abiertos.

Y pues ni modo al metro. Un calor de todos los diablos. A esa hora -y a cual no- estaba abarrotado, atascado, hasta el full "permita el cierre de puertas". Y todavía faltan cuatro estaciones y luego a transbordar o al micro. Mejor tomo el metro. Ya en el último tramo, el pequeño vuelve a vomitar encima de mí y de otro pasajero. Pido perdón. Dos estaciones más y bajamos. No puedo evitar la vergüenza. Cuatro cuadras con niño cargado y el otro con dos mochilas.

Efraín Huerta, si pudo declarar su odio también hizo su declaración de amor "Bajo tu sombra, el viento del invierno / es una lluvia triste, y los hombres, amor, / son cuerpos gemidores, olas / quebrándose a los pies de las mujeres / en un largo momento de abandono / -como nardos pudriéndose. / Es la hora del sueño, de los labios resecos, / de los cabellos lacios y el vivir sin remedio".

Mi marido no está y ni un recado. Le hablo al pediatra. Indicaciones. Un par de medicinas. Tengo que encargarle el chiquito al grande que está para que lo cuiden. Estoy para un baño y el niño también. No hay de otra. Luego la medicina y a comprar bisteces y tortillas. Haré una sopa...

Más adelante Huerta afirma "Porque yo creo que el corazón del alba / es un millón de flores, / el correr de la sangre / o tu cuerpo, ciudad, sin huesos ni miseria".

vuelve mi marido gripiento pero con la llanta parchada. Comemos. Se queda con los niños. Regreso a trabajar, el metro, el calor, un viento intenso y lleno de tierra. Chamba acumulada, llamadas telefónicas. El niño tiene fiebre, el papá también. Dan las ocho. El metro igual que en la mañana. Mejor el micro. Se me cierran los ojos. "Esto es un asalto ¿estaré soñando?, me doy cuenta que no, cuando siento que una mano me jala una cadenita mientras grita "y si no se quieren quebrar, aflojen". Me arrebata la bolsa le suplico por mis llaves. Me insulta. Una bofetada me deja temblando. Son dos o tres, no lo sé. No sé tampoco cuánto tiempo pasa. Se bajan y un silencio de panteón de pueblo invade el micro. De pronto llantos, de pronto rabia. Me bajo. Mi casa, quiero mi casa. Camino. Estoy entera y sin llaves. Nunca he tenido tarjeta de crédito, ¡pero el dinero de la semana!, apenas es martes, mi semana y ¡mis fotos!, mis fotos, ay, mis fotos...

Efraín, el poeta, habla también de Los hombres del alba. "Son los que tienen en vez de corazón / un perro enloquecido / o una simple manzana luminosa / o un frasco con saliva, y alcohol / o el murmullo de la una de la mañana / o un corazón como cualquiera otro."

Mi esposo abre la puerta y empiezo a llorar. Cuento la historia, una, dos, tres veces. El niño mejor y él ya sin fiebre. Un baño a gritos, mi cama, pero mis fotos, mis fotos. No cena, no apetito, cuál hambre. Un rato de tele, van a ser las once. Me empieza a abrazar, a acariciar, lloro. De pronto ya no es el apapacho, es el deseo de él, ya no está tan mal pienso. Pero yo no tengo ganas. "Para que se te olvide". No, no quiero. "Te va a ayudar". No quiero. "Cómo te atreves a decir que no". Estoy rendida. Se enoja. Medio cedo, no puedo, no quiero. "No asi no", dice. No entiendo, con el día que he tenido y quiere que coja rico. En qué lugar de la ciudad irán a quedar mis fotos, mis fotos...

Cuando Huerta le habla de amor a la ciudad también le dice "¡tus rincones con llanto / son las marcas de odio y de saliva / carcomiendo tu pecho de dulzura!"